

asamblea revolucionaria, un destronamiento de los Papas en competencia, y una apelacion á nuevas elecciones pontificias. No procedió de otra suerte la Cámara estrellada de Inglaterra con Carlos I ni la Convencion republicana de Francia con Luis XVI. El sentimiento que de su soberanía animaba á esta asamblea, no puede comprenderse hoy en toda su grandeza, y en toda su extension, á causa de lo habituados que nos tienen los acontecimientos y las instituciones al régimen parlamentario. Pero entonces, puede decirse que la democracia religiosa entra legalmente en el mundo, puesto que los miembros del concilio se comprometen á no disolverse, hasta tanto que hayan reformado la Iglesia, de igual suerte que los diputados franceses de la antigua monarquía y de la antigua tradicion, reunidos en Versalles, bajo el nombre de Estados generales, se comprometen, á su vez, á no disolverse, hasta tanto que hayan reformado la Francia. De tal suerte obedecen á leyes generales y siguen paralelismos misteriosos las humanas revoluciones, al destruir una antigua sociedad y fundar otra nueva.

El mal se mezcla al bien eternamente en la historia; y debemos reconocer que la intriga y la ambicion no se dormian, no, en esta asamblea de príncipes. Baltasar Cossa rogaba, corrompia, cohechaba, amenazaba, imponia á unos y á otros, resuelto á alzarse con aquella rota tiara de los Papas. Pero, conociendo que su nombre no podria, en tal ocasion, aceptarse, y que no podrian prevalecer sus maniobras, propuso una especie de Papa bastardo, hijo habido de ganancia como decian nuestras crónicas, obra de transicion, viejo de setenta años; en sus costumbres puro y en su inteligencia oscurísimo, y en su voluntad de una irremediable flaqueza. Ni francés, ni italiano, ni aleman, pertenecia á una patria sin Estado, á la isla de Candía, en poder de los venecianos, y á una familia sin nombre, á unos griegos de quienes ni memoria guardaba; infeliz expósito, desgraciado mendigo, acostumbrado á pordiosear de puerta en puerta, triste como quien se educa sin padres, adoptado por varios frailes menores y envejecido en el amor á la disciplina y al culto. Mas, con todas estas cualidades, sin patria que lo esclavizara so color de protegerlo, sin familia que lo explotase como á los otros Papas so color de amarlo, sin malas costumbres y sin malas ideas, ¿era por ventura el destinado á cerrar la sima insondable del cisma? No ciertamente. Mientras él recibia, por tan extraña

suerte, la corona pontificia, Benedicto XIII tronaba en Perpiñan; Gregorio XII en Cividale; dos conclave contendian en frente del concilio y protestaban contra su autoridad, declarando cada cual cismático á Pedro de Candía y recibiendo homenajes el uno de Aragon y de Escocia, el otro de Nápoles, de Hungría, de Baviera; por todo lo cual las bulas se cruzaban como los tiros en las batallas, las gentes se dividian y se agrupaban como los ejércitos en fuego, las naciones iban de un lado á otro sin saber dónde estaba la legitimidad del gobierno eclesiástico; y no habia fiel ninguno que no llevase un anatema sobre su alma y un remordimiento en su conciencia. Era el peor de los males que hubiese dos Papas en la cristiandad; y á consecuencia del remedio ideado por los conciliares de Pisa, resultaron tres, que se combatian, se denigraban, se perseguian, se lanzaban mutuamente sus rayos; y creyendo perderse y desacreditarse solo á sí mismos, perdian y desacreditaban en realidad á toda la Iglesia católica, herida de muerte y desesperanzada de remedio. Detrás de todos estos elementos dibujábase la figura siniestra de Baltasar Cossa. Nacido de noble familia napolitana no habia mas que ver su apostura, su resolucion, dibujada en todo su aspecto, sus facciones pronunciadísimas, su aire de aventurero que apenas ocultaba la púrpura, su andar extraño, su mirar imperioso, sus nervudos brazos, para comprender que aquel hombre habia consumido su existencia en oficio mas militar que eclesiástico, y habia abrazado la Iglesia, no por amor que la tuviera, sino por satisfacer ambiciones increíbles y adquiridas en sus largas correrías y en sus tremendas luchas de pirata. Estudiante en Bolonia, habíase distinguido por la tibieza de su aplicacion y por la perversidad de sus costumbres; camarero de Bonifacio IX, habíale ayudado á sus asquerosas simonías; gobernador pontificio de Bolonia, habíase convertido en señor feudal y empleado, como los señores feudales, en sus depredaciones desde el robo hasta el incendio y desde el incendio hasta el asesinato. Sacerdote era del mundo, y no de la Iglesia. En estas circunstancias, cuando mas necesitaba la tierra de la virtud y de la fe, cuando mas necesitaba la Iglesia de la autoridad que trae consigo una vida sin mancha y una devocion al ideal sin límites, encontróse como aspirante principal á la tiara un condotiero de las peores costumbres, un pirata de oficio, un bandido feudal de aficion, un guerrero manchado de sangre, apto para dirigir una in-



vasion, inepto para personificar una Iglesia. Así atormentaba al pobre Alejandro V, que no podía desasirse de su influencia, y que falto de toda energía y temeroso de la mala voluntad de su protector, no osaba ni contradecirle ni siquiera mirarle á la cara. Y tenía razon para desconfiar así de quien le protegía y le atormentaba al mismo tiempo, pues, si le toleró mientras creía imposible recabar la tiara, le propinó un veneno en cuanto se cercioró de que podía reemplazarle. El 3 de mayo de 1410 espiró el pobre Alejandro V y se apercibió á sucederle el infame Baltasar Cossa, que al fin fué exaltado á la sede pontificia bajo el nombre de Juan XXIII. Naturalmente, ninguna eleccion menos idónea para calmar los ánimos que la eleccion de aquel pirata. Bien al revés de lo que pasara en la revolucion francesa, el representante de los antiguos principios era un hombre de dura condicion y de implacable crueldad, asemejándose mas bien á una fuerza ciega de la naturaleza que á una deliberada voluntad esclarecida por la conciencia; de consiguiente, la necesidad del concilio se imponia, segun y conforme la representacion del Pontificado se empeoraba. El concilio de Pisa, convocado por los cardenales y reunido bajo tan favorables auspicios, solamente acertó á dar de sí la agravacion del cisma occidental y el nombramiento de Juan XXIII. Cuando una idea está como esparcida en los aires, porque late fuertemente en las conciencias, vivifica todos los hechos é impulsa todos los movimientos sociales. Sus derrotas, que á primera vista parecen definitivas, quedan en último resultado como preliminares de sus definitivas victorias. Esto pasaba con la idea del concilio. Malgrado el de Pisa, no perdió tal solucion su crédito en los ánimos; antes por el contrario, todas las voces mas oidas en el mundo clamaban á una por la reunion de nueva asamblea eclesiástica, menos sometida al influjo simoníaco de los cardenales y mas rodeada de autoridad moral que la asamblea de Pisa. Necesario este grande y superior conclave para cortar las tres cabezas del cisma; para corregir las tristes costumbres del clero; para devolver la necesaria unidad al Pontificado; para armonizar el derecho canónico y el derecho político; á fin de que la Iglesia y la monarquía pudiesen vivir en paz, bajo la sombra de unas mismas leyes. Pero ¿quién convocaba el concilio? Cerrado el de Pisa por las violencias de Juan XXIII, á pesar del compromiso que contrajeran sus cardenales de no disolverse sino despues de reformada la Iglesia, ¿dónde



*Juan 23*



vasion, inepto para personificar una Iglesia. Así atormentaba al pobre Alejandro V, que no podía desasirse de su influencia, y que, temeroso de la mala voluntad de su protector, no osaba contradecirle ni siquiera mirarle á la cara. Y tenía razón para temerle así de quien le protegía y le atormentaba al mismo tiempo, como al pirata mientras creía imposible recabar la tiara, le propuso al papa cuanto se cercioró de que podía remplazarle. El 3 de mayo de 1449 murió el pobre Alejandro V y se apercibió á sucederle el infame Balthasar Cosca, que al fin fué exaltado á la sede pontificia bajo el nombre de Juan XXIII. Naturalmente, ninguna elección menos idónea para calmar los animos que la elección de aquel pirata. Bien al revés de lo que pasara en la revolución francesa, el representante de los antiguos principios era un hombre de dura condición y de implacable crueldad, asemejándose mas bien á una fuerza ciega de la naturaleza que á una deliberada voluntad esclarecida por la conciencia; de consiguiente, la necesidad del concilio se imponía, según y conforme la representación del Pontificado se empeoraba. El concilio de Pisa, convocado por los cardenales y reunido bajo tan favorables auspicios, solamente acertó á dar de sí la agravación del cisma occidental y el nombramiento de Juan XXIII. Cuando una idea está como esparcida en los aires, porque late fuertemente en las conciencias, vivifica todos los hechos e impulsa todos los movimientos sociales. Sus derrotas, que á primera vista parecen definitivas, quedan en último resultado como preliminares de sus definitivas victorias. Esto pasaba con la idea del concilio. Malogrado el de Pisa, no perdió tal solución su crédito en los ánimos; antes por el contrario, todas las voces mas oídas en el mundo clamaban á una por la reunión de nueva asamblea eclesiástica, menos sometida al influjo simoníaco de los cardenales y mas rodeada de autoridad moral que la asamblea de Pisa. Necesario este grande y superior conclave para cortar las tres cabezas del cisma; para corregir las tristes costumbres del clero; para devolver la necesaria unidad al Pontificado; para armonizar el derecho canónico y el derecho político; á fin de que la Iglesia y la monarquía pudiesen vivir en paz, bajo la sombra de unas mismas leyes. Pero ¿quién convocaba el concilio? Cerrado el de Pisa por las violencias de Juan XXIII, á pesar del compromiso que contrajeron sus cardenales de no disolverse sino después de haber reformado la Iglesia,



Copia sacada de la galeria de S. Pablo en Roma.

J. PIERRE DELVALLÉ

*Juan 23.*